

Santos López, Danilo, Ainhoa Vásquez Mejías e Ingrid Urgelles Latorre, eds. *Narcotransmisiones: neoliberalismo e hiperconsumo en la era del #narcopop*. El Colegio de Chihuahua, 2021.

En “La narcoliteratura sí existe: tipología de un género narrativo”, Danilo Santos López, Ainhoa Vásquez Mejías e Ingrid Urgelles Latorre, los editores de *Narcotransmisiones*, proponen como temática central del volumen la necesidad de definir o defender la narcoliteratura como género puesto que, como ellos mismos declaran que “la narcoliteratura es el género de nuestro tiempo” (31). Aunque se puede discutir si es su propio género o algún tipo de subgénero de la ficción criminal, lo que destacan ellos y los contribuyentes de esta edición es que “[l]as novelas de la narcoliteratura están preñadas de contenido social y político” (32). Los ensayos incluidos en el volumen llevan a cabo este propósito, demostrando la capacidad y la importancia de la literatura narco de narrar la historia de los países afectados por el narcotráfico con énfasis fuerte en los casos de Colombia y México. No se limitan a consideraciones propiamente literarias tampoco ya que la problemática de la narcocultura no se limita a lo literario: hay consideraciones de museos, películas y el ambiente cultural, tanto del ambiente culto y el popular.

Las demás catorce contribuciones incluyen doce estudios académicos, un prólogo del escritor del género, Élmer Mendoza, y un epílogo de Gabriela Polit Dueñas. Mendoza, por su parte, reconoce la labor de los estudiosos del género y señala la exploración del neoliberalismo como tema en los estudios notando que “no solo se enfocan en el material de estudio sino en un análisis de las condiciones económicas, políticas y sociales en que se ha desarrollado este delito y sus consecuencias en el tejido social” (11). Polit Dueñas, por su parte, cierra el libro con discusión de la situación actual del impacto del narcotráfico en América Latina. Señala que, en una discusión que tuvo con el escritor culiacanense César López Cuadras, él le dijo que “que por el lugar en el mundo donde vivían sus personajes — la sierra sinaloense — el narco era un elemento presente, pero insistió en que el narco no era el objeto de su narrativa” (253). Este punto, presente en todo el volumen, es que el narco es parte del mundo que no se puede ignorar. Afecta, entre otras esferas, las estéticas, políticas, éticas, culturales y económicas del hemisferio.

Varios de los ensayos incluidos en este volumen, por cierto, bastante exhaustivo, tratan la compatibilidad de la industria narco con el capitalismo neoliberal. Pero el ensayo de Sayak Valencia y Liliana Falcón, “Narcomodernidades: de endriagos a CEO’s” va más allá de esta relación, argumentando algo todavía más devastador: la narcocultura ha realizado un “desplazamiento [...] de la economía ilegal a la legal” (39). Esto ha ocurrido porque se aprecian los valores de los traficantes como parte de la “narcomodernidad”, como escriben: “la narcomodernidad en México es la amalgama entre los discursos del individualismo neoliberal y la encarnación ostentosa de los códigos culturales asociados al narcotráfico tradicional que están en concordancia con el sistema de valores de la masculinidad machista mexicana” (40). Esta masculinidad es parte central, como se afirma en otros ensayos de este volumen, del concepto del narcotraficante. La mezcla del capitalismo con el narcotráfico resulta en que “el sueño del endriago”, figura desarrollada por Valencia en *Capitalismo Gore* para tratar de definir el sujeto narcomoderno, “es ser empresario legal y, con este acercamiento al orden de lo legal, busca lavarse la sangre en las manos y abandonar su ser” (50). Así se observan intentos de volver mainstream e incluso aceptable el mundo del narcotráfico, evidenciado por el apoyo popular de grandes figuras del narco como el Chapo Guzmán y Pablo Escobar, entre otros.

Omar Rincón considera este concepto del narco en su contribución al volumen, “Hacia una teoría de la narcoestética: sin narco no hay paraíso capitalista”, con la observación importante de que “[e]l narco, entonces, cumple el sueño del capitalismo para todos: participar del consumo como sea y sin reparar en formas legales, instituciones, valores, cuerpos, éticas, vidas humanas” (67). Aunque el capitalismo se ha presentado, en gran parte por sus defensores, como el sueño de la modernidad, Rincón observa una mezcla curiosa: “El gusto narco es una mezcla de valores premodernos (tierra, familia, dios) y posmodernos (yo, consumo, tecnología). Lo que queda un poco maltrecho es lo moderno (la crítica, la diversidad, la justicia social, la democracia)” (57).

El último estudio del volumen, “Afecto y emociones en Pájaros de verano: De la felicidad a lo abyecto” de Miguel Cabañas, explora esta misma problemática cuando nota: “El dinero fácil y el consumo, pero sin la ética del trabajo duro, hace del gángster una figura que, por un lado, representa los valores capitalistas y, por otro, los consigue a través de la subversión” (237). Un factor crucial imbuido en el narcotráfico es “la ética del consumismo”, en otras palabras, las promesas del dinero fácil. Así, “la problemática de la película es la tensión entre clan (yo)

y negocio (*alijuna*)” (239). Tal vez sea más correcto identificar el clan con un “nosotros” que es, en este caso, herencia del mundo premoderno. La erosión de la comunidad tradicional se magnifica debido al narcotráfico; Cabañas explora los lazos afectivos que la película suscita de esta transformación.

“Mejor que la coca: Pablo Escobar en el mercado global” de Aldona Bialowas Pobutsky explora la inserción del mundo del narco en el mercado global a través de un análisis del turismo con respecto a Pablo Escobar. La venta de camisetas y la existencia de bares y restaurantes con el nombre de Escobar son parte del marketing en torno a Escobar que resulta en un “turismo oscuro” donde se ve que “Escobar se está convirtiendo en un producto casero que ofrece un placer instantáneo y cuya relevancia histórica queda cada vez más obscurecida” (91). Sigue, conforme con el concepto general de ver el narcotráfico con parte del consumismo: “Bauman añadiría que la modernidad líquida en que vivimos se basa en un solo modelo de la satisfacción del yo, donde el consumo desenfrenado elimina la posibilidad de planificar y reforzar proyectos colectivos” (91). Así el narcotráfico es otro aspecto del capitalismo neoliberal que realiza esta transformación que nos deja en un mundo cada vez menos democrático.

Tal vez lo más devastador de la cultura narco es el poder que tiene de subvertir “reiteradamente el ejercicio pedagógico”, como señalan X. Andrade, Ana María Forero y Daniel Kraus en su ensayo, “Ensamblajes y experiencia museal: La ingobernabilidad de ‘lo narco’ en un museo policial” (214). Su etnografía del Museo Histórico de la Policía Nacional en Bogotá explora la subversión realizada por artefactos presentes en el museo que, debido al interés del público, no apoya el concepto del museo de afirmar valores policiales. De esta manera, este ensayo, siguiendo el concepto de ensamblaje propuesto por Manuel DeLanda, cuestiona la capacidad del museo que servía como parte de las técnicas de la gobernabilidad propuestas por Foucault y, en el caso particular del museo, de Tony Bennett y otros.

Uno de los aspectos del mundo del narco es una tendencia notable antidemocrática. Como Pobutsky por un lado y Andrade, Forero y Kraus por otro observan, la cultura del narco existe como parte del nuevo modelo capitalista. Su lado oscuro no es el negocio que en práctica no es más que otra manifestación del capitalismo sino la violencia que lo acompaña, tal vez principalmente por ser ilegal. Varias contribuciones al volumen se enfocan en este aspecto de la cultura narco. Por ejemplo, Luz Mary Giraldo, en “Poética del desastre y moral del narcotráfico”, describe como varios escritores narran la violencia, notando su



impacto en “la generación de una moral en la que los valores tambalean y marcan la cultura, la creación artística y el lenguaje mismo” (97). Ramón Gerónimo Olvera comparte este interés en la cuestión ética en su discusión de *Un asesino solitario* en “Élmer Mendoza: Dos batos bien acá, bien felones en la Academia de la Lengua”. Recurre a las ideas de Edgar Morin para argumentar que “[e]stamos justo en la ‘périda de piso de las instituciones’ que habla Marin. El narrador y protagonista de la novela es, al mismo tiempo, policía y sicario, y dentro de lo execrable de su actividad mantiene un código de ‘autoética’” (178).

La ética es temática importante ya que el mundo narco es oscuro y violento. La violencia en sí es tema de varios ensayos de esta colección. Por ejemplo, Vladimir Guerrero en “Ciudad Juárez-Ciudad Espanto. La representación siniestra de la narcoviolencia en el poemario: *Te diría que fuéramos al Río Bravo a llorar pero debes saber que ya no hay río ni llanto* de Jorge Humberto Chávez” señala uno de los problemas que la violencia cotidiana presenta: “[...] será también importante observar que lo sublime, a través del terror y el horror, nos descoloca de un estado habitual de indiferencia, que se define por no estar ni en el placer ni en el sufrimiento” (129). Si la violencia narco causa que los individuos estén desconectados del mundo en un “estado habitual de indiferencia”, los textos culturales que Guerrero denomina el “narcogótico mexicano” (116) tratan de provocar una reacción emocional para quitarle esta indiferencia a los consumidores textuales. Si se lee este ensayo en el contexto del volumen, se ve que la narcoliteratura es éticamente necesaria.

Alberto Fonseca apoya este concepto de la utilidad de la narcoliteratura en “Violencia y destrucción en *Viaje al interior de una gota de sangre* de Daniel Ferreira”, al escribir que las circunstancias sociohistóricas, en este caso de Colombia, “exige[n] la necesidad de incluir nuevos discursos en la búsqueda de la verdad y la justicia para las víctimas” (137). La literatura así inicia un proceso necesario ya que “[...] la construcción de la historia previene al lector de simplemente mirar el espectáculo de la matanza” (141). Así, se ve que la narcoliteratura cumple el papel necesario de provocar reacciones éticas al consumismo del cual el narcotráfico es parte.

Felipe Oliver explora esta misma línea en “Sobre la Generación ¡Bang!: ‘Un vaquero cruza la frontera en silencio’, y la guerra contra el narcotráfico”, observando “En efecto, por el número incalculable de víctimas y la crueldad y espectacularidad de la violencia, la guerra en contra del narcotráfico está más allá de una representación posible” (192). El gran logro que señala como

triumfo del periodismo de la Generación Bangl es como responde a la pregunta “¿Cómo escribir del horror? Escribiendo con y desde el silencio” (193). Así se ve otra vez la importancia de la narcoliteratura. Óscar Osorio nos da otro ejemplo de este aspecto de la narcoliteratura en “El tratamiento literario de la violencia atroz en *Nadie es eterno*” donde explora el propósito general de la novela de Alejandro José López, quien emplea la intertextualidad que, Osorio sostiene, “sirv[e] a un doble propósito: enfatizar la degradación de nuestra realidad y situar la novela en una tradición literaria prestigiosa” (153). Aunque defiende el interés por parte de López en participar en la “tradición literaria prestigiosa”, tanto Osorio como los otros que contribuyeron a este volumen sostienen que tal esfuerzo es, aunque tal vez no debe ser, necesario ya que la narcoliteratura es uno de los géneros que más se necesitan en este momento histórico.

Cecilia López Badano y León Felipe Barrón Rosas en “Memorias del presente en el sur y el norte. Dos crónicas urbanas latinoamericanas sobre el narcotráfico: *Si me queréis, quererme transa* de Cristian Alarcón, y *El karma de vivir al norte* de Carlos Velázquez” observan la transformación del campo literario y el papel que ha tenido la crónica en esta transformación al escribir que las crónicas que discuten “nadan entre dos aguas: por un lado, ‘desaturatizar’ lo literario, desdiferenciar literatura y vida en la descripción ‘antisublimatoria’ tanto de estos sujetos-personajes como de las prácticas cotidianas que impone el mercantilismo de la droga [...]; por el otro, logran una expansión del campo de lo literario entrelazando modalidades discursivas en cuya plasmación la experiencia humana se guarda viva [...]” (210). Se ve, de esta manera, que la narcoliteratura es una expresión que transforma conceptos tradicionales de lo que es la literatura y que ocupa un lugar central en la vida cotidiana, particularmente para todos los afectados, directa e indirectamente por el narcotráfico, las culturas que lo valoran o que lo tratan de gobernar o las instituciones estatales que tratan de perseguirlo, para comprender el fenómeno del cual son testigos renuentes.

Como espero haber señalado en mi discusión de los ensayos de este volumen, este libro valioso sobre los temas suscitados por la narcoliteratura y la cultural del narco en términos generales, cumple con su promesa de examinar sus expresiones y los problemas socioculturales y económicos que las sociedades ahora enfrentan debido a la perseverancia del comercio ilícito de drogas.

Greg Schelonka
Louisiana Tech University